AÑO XXVII. — Nº 1326.

EL DIA

MONTEVIDEO, JUNIO 15 DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



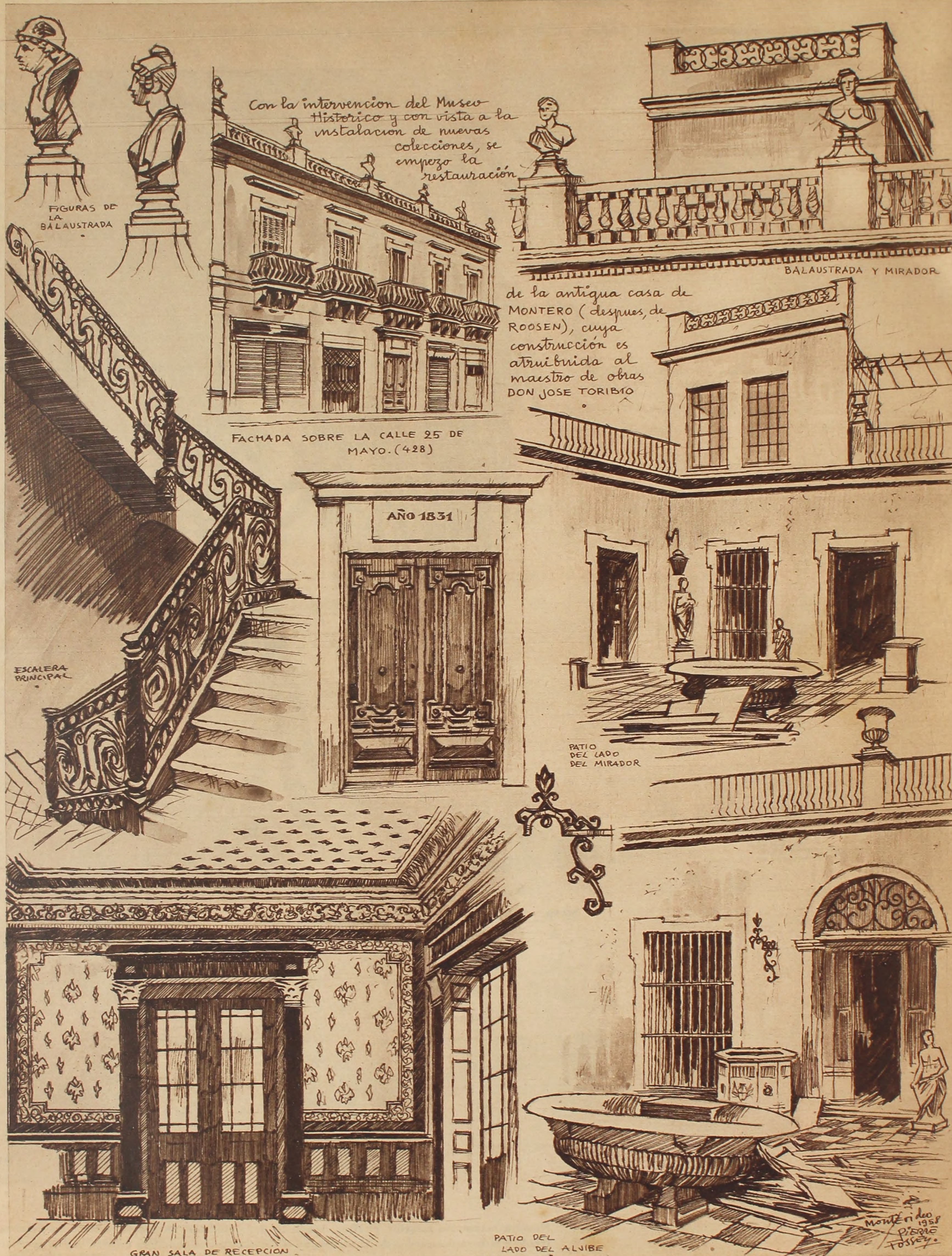
RIO NEGRO—

(Fotografía Telesca)

Nuestro mayor río interior, el Hum, según la denominación de los primitivos habitantes, frente a la hermosa ciudad de Mercedes, en el Depto. de Soriano. Esta fotografía figura entre las que serán expuestas en la próxima exhibición de arte fotográfico, en el Subte Municipal.

RESTAURACION DE CASA PATRICIA

APUNTES DEL NATURAL
DE PIERRE FOSSEY





Asencio. Lugar donde se dio el primer grito de libertad.

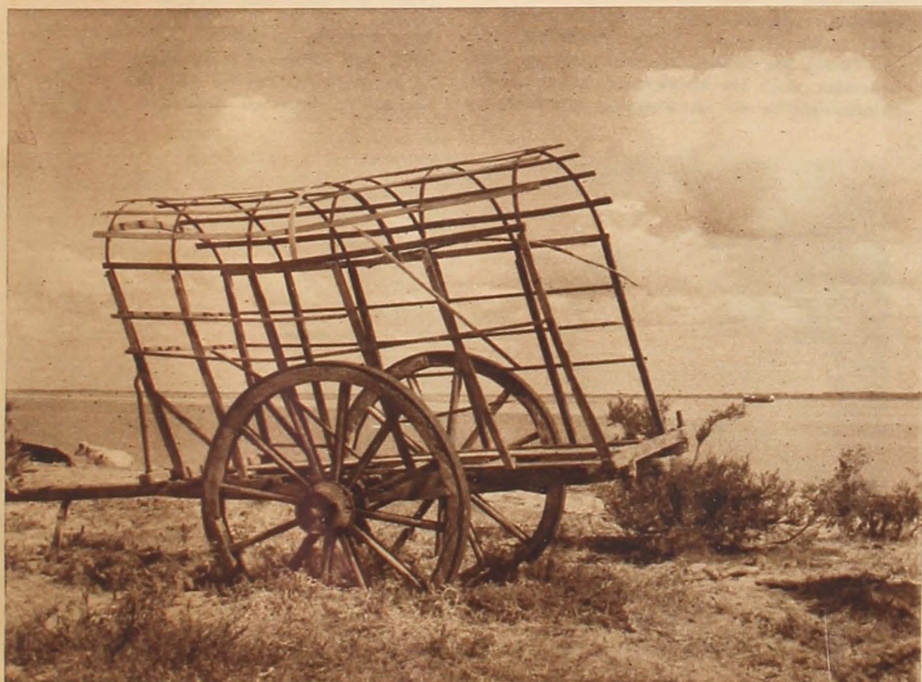


Cololó Polo Club. Interior.

EXPOSICION DE FOTOGRAFIAS DEL DEPARTAMENTO DE SORIANO

ORGANIZADO por el Concejo Departamental de Soriano, y como uno de los actos conmemorativos del primer centenario de la ciudad de Mercedes, recientemente cumplido, se inaugurará el día 19 de este mes, en Montevideo, instalada en el local subterráneo de 18 de Julio y Agraciada, una exposición de fotografías pertenecientes a la muestra fotográfica denominada "Soriano histórico, edilicio y panorámico" que se exhibió en la galería Witcomb, de Buenos Aires, en noviembre último, con señalado éxito.

Componen la exposición unas trescientas fotografías, todas ellas de referencia departamental, habiendo seleccionado para esta nota algunas originales del destacado artista Nicolás Telesca.



Aferrada a la huella. Carreta existente en la playa de Agraciada.



Ventana Casa Marfetán. Santo Domingo de Soriano.

SOCIOLOGIA DEL MALON



Caravana de carretas en la Pampa. (Según P. Schmitdmeyer).

El indio en la sociedad colonial —

EL malón es la respuesta del indio ecuestre al hombre blanco que le arrebata tierras y horizontes en su avance desde los litorales portuarios al corazón de las praderas. Es una respuesta cruel, sistemática, emperrada, muy distinta por cierto a la rebelión de los indios sometidos al yugo europeo. La rebelión madura lentamente, entre latigazos y vejaciones físicas, entre saqueos y despojos económicos, entre arbitrariedades y desmedros morales. El malón se urde a cielo abierto, lejos del ociado colono, sin cabildeos misteriosos. La rebelión es la *ultima ratio* de los indios esclavizados por la *mita* y disminuidos por la *yanacona;* el malón es el violento ademán de varones libres que temen perder su bárbara libertad. Aquélla es una tentativa única y desesperada; éste, un recurso altivo y habitual.

Para comprender el trasfondo sociológico de ambas actitudes es menester, empero, un esquema previo de la estratificación clasista en la América hispano-lusitana. A las castas que define Solórzano y Pereyra en su magistral *Política Indiana,* basadas en una jerarquía racial con raíces económicas, corresponden en la rígida geología de la sociedad esclavista una serie de estratos dibujados con bastante precisión como para ser inscriptos en una pirámide jerárquica de inmensa base (los desposeídos) y pequeño vértice (los dueños de la tierra y del dinero).

Coronando la pirámide, en un apretado haz, se hallaba la clase alta, integrada por tres estratos. El primero era el de los señores indianos de gravitación internacional: losh propietarios de los yacimientos de oro y plata de México y Potosí; los influyentes negreros del litoral brasileño; los grandes importadores que regían el comercio mayorista en los Virreinatos de Nueva España y Perú; los latifundistas azucareros de Bahía y las Antillas. El segundo estaba compuesto por los potentados indianos de gravitación regional: los amos del cacao ("los Gran Cacao') de Venezuela; los viticultores, algodoneros y azucareros del litoral peruano; los encomenderos y ricos ganaderos de México; los plutócratas brasileños de la Baixada fluminense (café); los *mineiradores* de Minas Geraes ("ouro e pedras"); los patriarcas meridionales de las estancias cimarronas ("fazendas de gádo"); los dueños de los trapiches y esclavos azucareros de Veracruz. El tercero, más modesto, comprendía a los capitalistas de gravitación local: los encomenderos de Chile, pobre en indios mansos; los criadores de mulas cargueras, diseminados entre Buenos Aires y el Alto Perú; los prestamistas cordobeses; los empresarios de vaquerías de la Mesopotamia argentina que realizaban sus empresas en la Banda Oriental; los corambreros, estancieros y saladeristas uruguayos del siglo XVIII de donde surgió el patriciado de la independencia; los comerciantes de Buenos Aires y Montevideo enriquecidos por el contrabando de cueros, ganado y lo que viniere, etc.

Después de estos potentados, y mucho más abajo, se hallaba una débil clase media, que caracterizó Sergio Bagú en dos recomendables estudios (*Economía de la Sociedad Colonial,* 1949, y *Estructura social de la Colonia,* 1952), compuesta por elementos improductivos (funcionarios secundarios de la Corona, profesores, médicos, tinterillos) y productivos (propietarios de obrajes textiles, pequeños agricultores y ganaderos, comerciantes minoristas, artesanos de las nacientes urbes).

En el nivel inferior se encontraba la clase baja, casi inidentificable, pues apenas se distinguía de la legión de los desposeídos, representada por los capataces engallados de minas y obrajes, los artesanos indígenas y criollos, los peones del área rioplatense y los *vaqueiros* de las estancias del Brasil colonial.

Estas tres clases, a su vez, se apoyaban sobre los lomos sudorosos de los indios expoliados en las encomiendas agrarias o enterrados vivos (y retirados muertos) en las minas y sobre los lomos sumisos de los esclavos negros. Indios y negros, los parias de América, eran el motor biológico de la economía colonial: un motor que en vez de aceite rezumaba sangre y cuyas piezas rotas se reponían con terrible facilidad.

Todos los indios, sin embargo, no eran serviles pues los aborígenes ocuparon distintos *status* en la sociedad colonial, de acuerdo a su cultura o a su temperamento.

El grupo mayoritario de la zona andina y mesoamericana, dueño de civilizaciones bien articuladas sobre una infraestructura agraria, fue tempranamente sometido. Los integrantes de las comunidades agrarias (*ayllus* incásicos o *callpulis* (mexicanos) se convirtieron así en siervos de la gleba o en mano de obra barata —prácticamente gratuita— para las minas y quedaron traumatizados para siempre por esta doble catástrofe económica y moral.

Otro sector indígena se enfrentó al conquistador luso-hispano primero y al desbravador criollo más tarde. Eran estos los indios indómitos que luego de domesticar el caballo multiplicaron su peligrosidad y significaron una pesadilla constante para el hombre blanco.

El tercer sector, finalmente, no sabía de las sevicias del sometimiento ni del sobresalto de la lucha. Estaba integrado por los "chunchos', los indios silvícolas. Defendido por la verde muralla de los bosques tropicales vivía al margen de la civilización colonial, ajeno a todo lo que no fuera el latido salvaje de la naturaleza circundante.

Frente al hombre blanco, por lo tanto, los indios ocupaban tres posiciones: la del sometimiento, la de la lucha y la de la marginalidad.

Los indios pampeanos y rioplatenses del área del guanaco (Wissler), que a mí me gusta llamar de la boleadora, integraban el segundo grupo, el aguerrido y rebelde. Dentro de las actitudes de estos indios hacia el blanco hubo dos etapas, marcadas por el advenimiento del caballo. La inicial o apeada fue de mera resistencia; una vez domado el caballo y constituída la brigada ligera indígena, comenzó la etapa de la depredación activa y voluntaria De la defensiva el indio ecuestre pasó a la *ofensiva,* y, pese a la fugacidad de esta última actitud, cobro algo de la vieja deuda de sangre que el europeo había contraído con los pueblos de América.

Técnica del malón —

Escribir sobre malones en el Río de la Plata es como llevar piedras al cerro. Todos hemos leído descripciones más o menos veraces, literarias unas y científicas otras, de esta modalidad bélica de los indios ecuestres. No obstante, es posible sistematizar las etapas del malón para ubicarlo en el panorama histórico y caracterizado en términos etnográficos.

En primer lugar ¿qué quiere decir la voz malón? No deriva del español mal o malo, como podría deducir alguna etimología ingenua, sino del araucano, y significa invasión violenta de indios. La respuesta represiva del colonizador se denomina maloca y es menos frecuente que el típico malón indio. Ya tenemos definidos lingüística y



Campamento nocturno de los viajeros pampeanos. Para defenderse de las embestidas de los baguales y del ataque de los indios disponían los petates en círculo. (Según P. Schmitdmeyer: Travels into Chile over the Andes in the years 1820-21, Londres 1824).

Nº 37
OBRAS MAESTRAS
DIB. OTTO KOCH
LA PAZ
EXTRA
AUTO-RETRATO
P. P. RUBENS

polemológicamente a los dos términos: el flujo armacio del indio es el malón; el reflujo vengador del blanco, la maloca.

En cuanto a las modalidades del malón hay dos momentos, cronológicamente sucesivos. En el primero, el malón es una defensa; en el segundo, es un negocio deportivo. Los malones iniciales pretenden poner coto a los avances del blanco y frenar la móvil frontera de la civilización que se adentrabai nsidiosamente en el desierto. Baguales, pasot y pampa abierta: esto era lo que reclamaba el indio en su geopolítica elemental, y para preservar el *Lebensraum* sagrado de la llanura agredía al español con impenitente saña. Pero cuando la frontera se estabilizó y tras el español vino el criollo, el indio transformó su ademán de libertad en gesto de rapiña. De héroe se convirtió en ladrón. Pero no se lo reprochemos demasiado. Bien dice Luis Franco en su libro *El otro Rosas*, 1945: "Todas las terribles lástimas del indio —desaseo, ocio, modales desnudos, instintos a flor de piel—, no son menguas de raza, sino las del hombre primitivo en cualquier medio y época. ¿Qué es incapaz de civilización? Nunca le han ofrecido tamaña perspectiva; los blancos sólo le dan a elegir entre la servidumbre y la muerte. ¿Rapacidad? ¿Crueldad? Mala fe?... Los blancos no pueden echarle este agraz en el ojo. Tanto así, que los hacendados de Chile compran como esclavos los cautivos cristianos que los indios le venden. La trata de blancos cuando la de negros está abolida!"

El malón se organiza para robar vacas, caballos y mujeres, para obtener cautivos, para lancear a gusto cuanto bicho viviente alienta en el objetivo, para dejar cenizas humeantes tras el paso de las hordas montadas. Pero siempre los motivos predatorios son más fuertes que los ofensivos.

Los indios planean el malón en alianza con la luna. Media entre sus tolderías y las poblaciones toda la inmensidad neutra que representan mil o más kilómetros de pampa cruda. Nada señala el rumbo sino el instinto de la línea recta. La llanura no tiene arboledas, cerros testigos o caminos visibles que marquen la ruta. Sólo hay rastrilladas tenues entre los cenagosos gaudales; sólo hay un formidable estrellerío en el cielo lustrado por el viento paterno y ancestral. Pero los indios no pierden la huella. Trotando incansablemente marchan de noche, sombras entre sombras. Cuando la luna esté gorda llegarán a destino. Entretanto, avanzan desvelados y livianos, comiendo apenas, ceñidos de carnes y sentimientos. Pero demos la palabra a los cronistas: "Cuando van a cometer pillajes a cuatrocientas y quinientas leguas, fuera de los veinte o treinta caballos que cada uno arrea, no se proveen más que de lazos, lanzas y boleadoras, de que se sirven tanto para procurarse medios de subsistencia como para combatir. Apenas si algunos, los más glotones solamente, ponen entre los cueros que hacen el papel de sillas, un poco de *añime-hilo* —carne cortada en láminas delgadas, salada y secada al sol— que comen con *yiuviñ* —mezcla de grasa de potro y de vaca. Los más pobres llevan solamente un *chasi cofke*, especie de pan de sal cocido en la ceniza del fuego de estiércol, después de molido y sazonado con hierbas olorosas, y que se hacen pasar de vez en cuando para lamerlo solamente cuando se hacen sentir demasiado el hambre y la sed" (Augusto Guinnard. *Trois ans d'esclavage chez les patagons* 1864).

Cerca ya de su objetivo, los indios cabalgan callados como cerrojos. Sus fletes, adiestrados para el caso, se estiran en un trote chasquero, sofocando el relincho y escondiendo el resuello. Pero no se puede evitar el espantado desbande del reino animal. El trueno soterrado de la caballada en marcha arrea los venados, los avestruces, los roedores, los gatos pajeros, las aves voladoras, los reptiles. Algunos paisanos advierten este bullicio anormal y le abren cancha a la marea de lanzas. Así nos lo hace saber Alcides D'Orbigny: "En la noche del 22 al 23, en el momento que los indios recorrían la llanura en busca de botín y masacraban a los pobres chacareros, uno de éstos debió su salvación y la de su familia a ese espíritu de observación que caracteriza a las gentes de la campaña... Su casa estaba aislada en medio de las llanuras del sur. Las noches son en esas regiones, por lo general muy silenciosas; los numerosos pájaros acuáticos que cubren los alrededores, asustados por lo general de día, permanecen tranquilos por la noche en sus desiertos. Las innumerables bandadas de avutardas o patos antárticos pacen entonces apaciblemente, sin conmover el aire con sus acentos agudos. Acostumbrado a esa calma de la naturaleza, el chacarero oyó de golpe, en la llanura, los gritos penetrantes de las avutardas, el grito de alarma del ave armada, centinela de la soledad. Se levantó y prestó atención; el ruido se renovaba y redoblaba de instante en instante. Puso mayor atención todavía. Los animales alados estaban aterrorizados: no cabía duda... El enemigo amenazaba la vecindad". (Voyage dans l'Amerique Meridionale, Tº 11, 1844).

Otras veces los indios atraviesan como una exhalación la vanguardia zoológica y caen sobre las poblaciones del blanco de improviso: La descripción de Francis Bond Head, que en 1825 visitara la Pampa, ofrece escalofriantes detalles de la masacre: "Con frecuencia se aproximan a los ranchos por la noche a todo galope, con su alarido habitual, golpeándose la boca con la mano, y ese grito, para intimidar al enemigo, continúa durante toda la horrible operación. Lo primero que hacen es incendiar el techo del rancho y es casi demasiado horroroso el imaginar lo que deben ser las sensaciones de una familia, cuando producida la alarma por los ladridos de los perros, que los gauchos siempre tienen en gran número, oyen primero el alarido que anuncia su destino y un instante después encuentran que el techo arde sobre sus cabezas. Así que la familia se precipita afuera, como naturalmente tiene que suceder, los hombres son lanceados por los indios con lanzas de dieciocho pies de largo, y luego que caen los desnudan, pues los indios, que son muy aficionados a incautarse de la ropa de los cristianos, cuidan de no deteriorarla con sangre" (*Rough notes taken during some rapid journeys across the pampas and among the Andes*, 1827).

El malón se practica sobre la gente indefensa, con rapidez y bulla paralizantes. Pero a veces hay resistencia y la indiada tiene bajas. Sin embargo, al retirarse, no quedan salvajes muertos en el campo. Recurramos nuevamente a D'Orbigny: "Constituye para ellos una costumbre de lo más antigua no abandonar nunca un solo cadáver, ni aún en lo más ardiente de la lucha, lo que disminuye en mucho su fuerza y les ha hecho, a menudo, perder un ataque. Durante toda la acción, la parentela se ocupa únciamente de llevarse a los suyos, por lo general a medio morir; los enlazan y los arrastran lejos". (Op. cit.)

Y ahora contemplemos el regreso de los asaltantes a sus guaridas. La horda solidaria de la ida se desperdiga al regreso. Guinnard nos explica el motivo de este desfibramiento, provocado por la codicia: "El regreso de estas expediciones no se produce en masa, como la partida. El interés les obliga a distanciarse mucho unos de otros a fin de poder conservar el mismo número de animales. De no ser así algunos escaparían a su vigilancia e irían a engrosar el botín de sus compañeros, que se negarían a devolverlos. Solamente los haraganes o los que no resisten el peso de la fatiga están expuestos a perder el botín; pero estos casos son raros, porque su actividad y su avaricia son tales que aún mucho tiempo después del regreso a sus tolderías respectivas vigilan día y noche sus tropillas". (Op. cit.)

Una vez en las tolderías y después de una feroz borrachera colectiva el indio ordena el botín. A las tiendas van las cautivas aterradas y temblorosas, sujetas a un triple destino: juguetes para la lujuria, esclavas para el trabajo y vientres para el mestizaje. Antes el español arrogante preñaba indias; ahora el aborigen se cobra fecundando mancebas criollas. Las vacadas y caballadas marchan a los potreros, si así se les puede llamar a los pastizales desnudos. Y lo que sobra, tanto ganados como cautivos, atraviesa los pasos bajos de la cordillera meridional para ser cambiado en Chile por plata blanca, brillante como la luna malonera.

Los nuevos salvajes —

Los malones cesaron con la derrota total del indio. Un buen día las ciudades rioplatenses decidieron no tolerar más la constante agresión del aborigen despojado. Armaron ejércitos de línea y fueron a buscar al indio en sus madrigueras. Allí lo cercaron, lo derrotaron, lo degollaron, y luego desparramaron sus cenizas a los cuatro vientos. La maloca del civilizado, tan brutal y más efectiva que el malón del indio, cegó



Combate de Traiguen, librado en 1868 entre la división del comandante Lagos y el ejército del cacique Quilapan. (Acuarela de Wood).

en sus fuentes la furia del americano esencial. Dejó al indio sin tierras, sin caballos, sin ganados, sin tolderías. Lo mató a tiros, lo mató a golpes, lo mató de hambre, lo mató con todas las muertes que sabe fabricar el hombre blanco: las del cuerpo y las del alma.

Hoy ya no tenemos más indios, o por lo menos así lo proclamamos, disimulando a los "cabecitas negras" y a los caras-marrones" que pululan por doquier. Tenemos en cambio una rica historia rioplatense, asiento de grandes hazañas y sede también de grandes canalladas que disfrazamos con palabras pomposas.

Pero el caso es que las tribus salvajes de las cuchillas y las pampas no existen más. Sólo nos permitimos el salvajismo sonriente o melancólico, pero siempre implacable que florece en las grandes urbes donde las máquinas y el becerro de oro juegan al más inteligente y peligroso de los juegos: el de la civilización.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



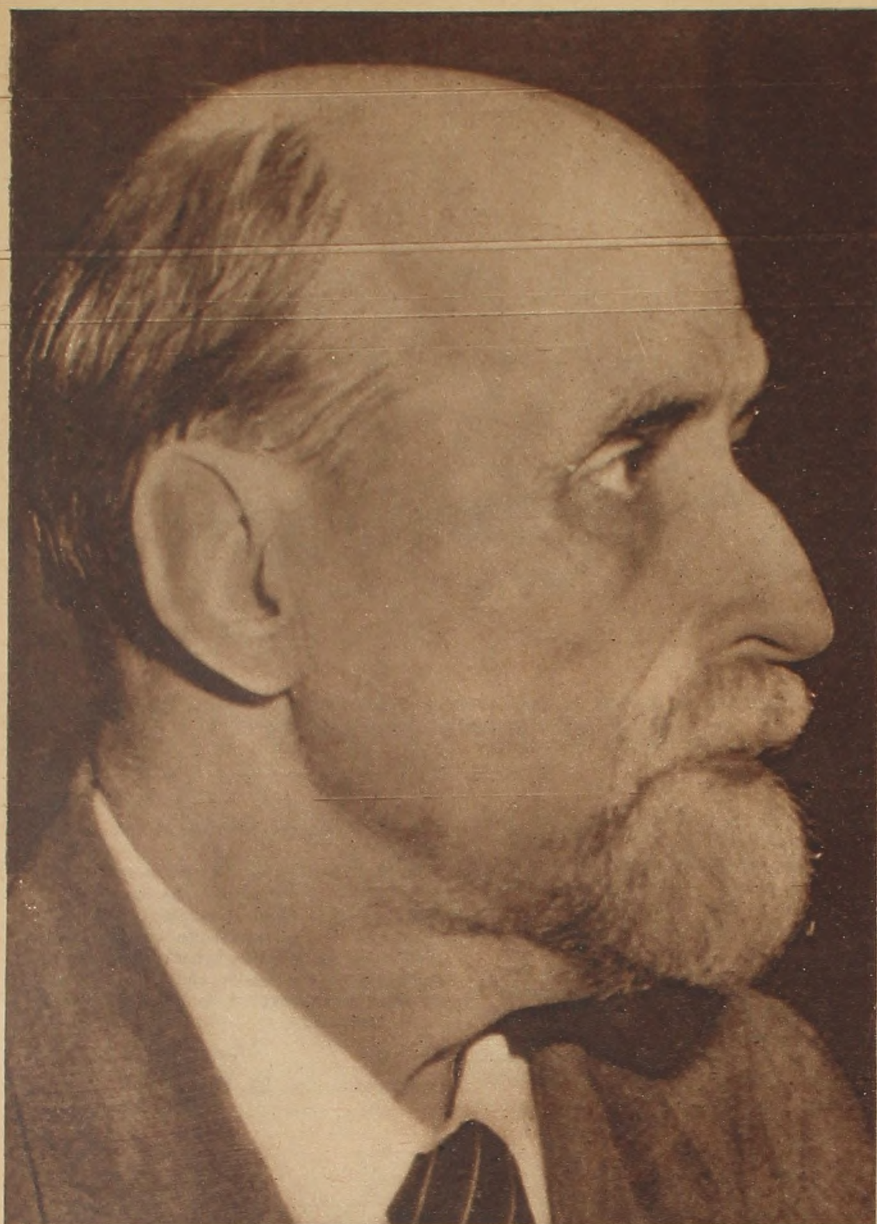
Un malón. Según el Atlas histórico de Chile, por Claudio Gay.



Fiesta india en Caleufu (Neuquén). Según George Chaworth.

Será uruguayo el primer monumento a Platero:

Elegía y Eternidad de JUAN RAMON JIMENEZ



Juan Ramón Jiménez.

MIENTRAS junio es aquí el último baluarte del otoño, en el otro hemisferio la primavera dilapida sus júbilos anunciadores del estío. Moguer: de muy cerca de allí salieron hace más de cuatrocientos cincuenta años, las carabelas de la hazaña descubridora. De allí salió, cuando España empezó a dolerle, el poeta elegíaco del señorío y la austeridad, que con pinceladas mágicas trazó el paisaje vuelto alma, de su natal Andalucía, con el candor y la sabiduría de un pintor prerrafaelista. Y hacia la luminosa primavera de Moguer regresan en estos momentos, los cuerpos ya en perpetuo reposo, Juan Ramón Jiménez y la mujer dulce que le encantó la vida.

Vuelve Juan Ramón a Moguer, matriz de su ensoñación, ancla de la nostalgia que paseó por el mundo. Vuelve Juan Ramón hacia la primavera, la estación grata, la predilecta de sus raptos líricos, que le llevó a exclamar un día: *"El amor ¿a qué huele? Parece, cuando se ama, / que el mundo entero tiene rumor de primavera. / Las hojas secas tornan y las ramas con nieve, / y él sigue, ardiente y joven, oliendo a rosa eterna".*

Hacia esa rosa eterna, hacia Moguer, hacia la primavera, viajan ellos. Quedamos aquí, en América, como lo harán en la patria del poeta, otros "españoles de tres mundos", intentando el balance de una personalidad universal que hizo de la poesía misión trascendente, y dio ámbito de perennidad a las formas huidizas de la emoción humana.

Integro, esencial y permanente, Juan Ramón fue el espectador de su intimidad, asistiendo pecho adentro al combate asombrado por la conquista de ese algo evanescente que guió sus pasos, y cuya índole trató de asir; eso que persiguió sin treguas no era sino la Poesía: poesía "desnuda", eterna, que quiso e hizo "suya para siempre". Doloroso asedio, inacabable vigilia del pensamiento, tenso hacia la escondida música de su entraña. Dio al verso un tono de penumbra, la del ocaso o la del alba, no importa: la hora que desdibuja contornos, atenúa el sonido y convierte la realidad en una neblinosa incertidumbre. Indeterminación acentuada por la vaguedad deliberada de los vocablos: "alguien", "no sé qué", "no sé dónde", *"afán de llegar pronto o de no llegar nunca, / a no sé dónde, ¡para qué!, no sé a qué hora".* En su poesía no hay límites ni lugares ni tiempo, a no ser los que provengan de esa inasible dimensión que toca con su lirismo desbordado, nostálgico, demasiado "inteligente" —por no decir cerebral— como para permitirnos la frecuencia de emociones despojadas de toda consideración estética.

Suelen señalarse en su obra dos modalidades estilísticas bien definidas. La primera, que corresponde cronológicamente a sus libros anteriores a 1916, evidencia ante todo una preocupación de musicalidad; supone la revisión de los motivos populares, asignándoles un relieve distinto, vistiéndolos de un sentimiento más fino, más estilizado; lo explica diciendo: *"Vengo detrás de una copla / que había por el sendero; / copla de llanto, aromada / con el olor de este tiempo".* Pero esos temas populares se impregnan de sugerencias, del color subjetivo de su modalidad creadora, se amplían con los horizontes del panorama secreto, de lo que le es peculiar e intransferible. Gradualmente la metáfora se irá convirtiendo en el centro del poema y la clave de su pensamiento se dará en imágenes.

La segunda modalidad de su estilo, claramente visible en el "Diario de un poeta recién casado", la sintetiza él mismo: "Ni más nuevo al ir, ni más lejos - más hondo: la depuración constante de lo mismo". Ese fue su empeño: aportar una sensibilidad diferente ante las cosas; el mar de ese libro, será, así, *el suyo*, abstracto, remoto, infinito, cercano y lejano, de latencias inéditas y oleajes desvelados. Su verso fue haciéndose más desnudo cada vez, más elemental, más despojado de inesencialidades, esquematizándose en una facilidad difícil, y ascendiendo, a través de un verdadero y riguroso ascetismo poético, a la categoría de la permanencia.

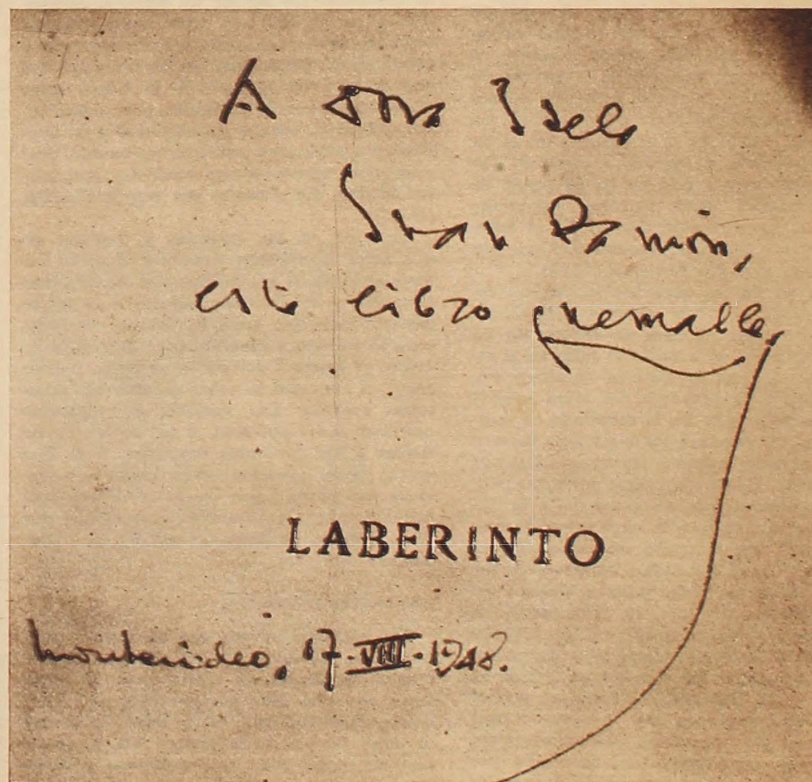
Escribió Rodó, en una página admirable recogida en "El Mirador de Próspero", que Juan Ramón confería a la forma, su espíritu, de tal modo que nuestra lengua "de duro bronce resonante", se hacía leve, vaporosa, alada. De ella aprenderán poetas de España y de América a domesticar el idioma, a flexibilizarlo y poner la inspiración al servicio del pensamiento.

Vino el poeta a buscar en nuestro continente un aire que en su patria se le había vuelto intolerable. Más de veinte años entre nosotros, años de plena madurez rectora, le incorporan a la historia intelectual de estas tierras, y lo hacen tan nuestro como español. Es más. Tenemos el convencimiento de que las almas de Juan Ramón y de Zenobia, hechas una sola, han quedado en la orilla americana; y no estamos muy seguros de que el poeta hubiera aprobado su inmediato traslado a esa misma España de la que se alejó voluntariamente. Pudo ser más adelante y en más claro momento ese retorno.

Se había ido de allá en 1936, para no ver el hambre de los niños ni el dogal de los hombres, para abogar por ellos desde fuera, para que su ausencia fuera acusación, denuncia. Y con su ejemplo, la dignidad se acrisola, demostrando que la vigilia ardiente del bardo, no le había convertido en un hombre ajeno a los problemas del hombre. Nueva York, Miami, Washington, La Habana, San Juan de Puerto Rico. Cambian de casa los Jiménez, pero no de conciencia. Fue en 1948, el viaje rápido y glorioso al Río de la Plata. Buenos Aires y Montevideo le vieron la silueta de Quijote señoril, atildado, hermético y cordial, un poco severo y un poco zumbón. Firme y enjuto, mediana la estatura, penetrante la mirada, se desgajaba de él una impresión a la vez monacal y agresiva. La corta barba entrecana todavía, de perfiles duros, contribuía a darle un aspecto distante de aguafuerte. Nos acercamos con cierto temor, pero lo disolvió en un abrazo. Nos invitó a su mesa. Nos habló, afable, como si hubiéramos sido grandes como él o él oscuro como nosotros. Le dimos "Laberinto" para firmar y poco faltó para no ver más el raro ejemplar. Zenobia intercedió para que lo devolviera. Pero reza así, expresiva y escueta, la dedicatoria que hoy



Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, en la Universidad de Puerto Rico.



Curiosa dedicatoria, que denuncia la aversión del autor por "Laberinto".

se ha vuelto doblemente valiosa: "A Dora Isella — Juan Ramón — este libro *"quemable"*. No sabíamos entonces, que su aversión por el mismo le llevaba a sustraer cuanto ejemplar podía: porque allí está la famosa "Carta a Georgina Hübner", patético "memento" de un amor burlado, cuya imposible verdad se empeñaba en demostrar. ¿Habrá hallado ahora, en su limbo ultraterreno, a la novia peruana que no existió nunca? ¡Quién sabe! Pero sí se hicieron ciertos sus versos proféticos: *"Después — ¡por qué!, ¡por qué! — yo no vendré una tarde... / Me encontrarán dormido, blanco... Un olor suave / a corazón con luna, descompuesto y marchito / irá en la brisa que abra las hojas de los libros"*, dice en "Carta Romántica"; y añade con estremecedora videncia: *"En las tardes de mayo, reirá el cementerio"*. Y el veintinueve de mayo, se fue de la vida...

En muchos poemas alude al trance. La muerte fue una espina metafísica que le deparó pánico e insomnios. Recordamos siempre uno dulce y triste, "Viaje definitivo"; dice allí: *"Se morirán aquellos que me amaron; / y el pueblo se hará nuevo cada año; / y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado, / mi espíritu errará, nostálgico... / Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol / verde, sin pozo blanco, / sin cielo azul y plácido... / Y se quedarán los pájaros cantando"*. No puede darse en menos líneas una imagen más acongojante y desasida de soledad, silencio y olvido. Cuando pase el tiempo y asuma cada vez más el convencimiento de su misión estética en la lengua castellana, llegará a sentirse arquitecto supremo de un orbe creado por él, que sólo en él tiene sustento y realidad: *"Sé bien que soy tronco / del árbol de lo eterno. / Sé bien que, cuando el hacha / de la muerte me tale / se vendrá abajo el firmamento"*. Porque Juan Ramón sabe que, más allá de él, hay una intemporal presencia que sobrevive a las circunstancias terrenas, y que él mismo es *"el que quedará en pie cuando yo muera"*.

Se marchó el que pedía a la inteligencia "el nombre exacto de las cosas"; el que modificó una ortografía a su gusto, prolijo y minucioso en las puntuaciones como en el orden corriente de su existencia; el que albergó su juventud neurasténica en sanatorios que le defendían del miedo y del ruido; el de las novias de mocedad que tuvieron nombres suaves de heroínas esfumadas; el del amor único y legendario por su Zenobia Camprubí Aymar; el que dio perfiles señeros a la poesía española contemporánea y abrió a los jóvenes poetas americanos un mundo de resonancias inéditas. No es fácil apresarlo, en estos instantes premiosos e inmediatos en que se superpone el desgarrón sentimental de la partida reciente. Le encontraremos mejor, en lo exterior de su biografía, en el detallado libro de Graciela Palau de Nemes; o en lo interior y adensado, en el de nuestro compatriota Gastón Figueira, que cala hondo sin parar en lo anecdótico, consiguiendo un estudio de fondo que mereció la aprobación entusiasta del andaluz célebre. O en el "Retrato" relampagueante y surrealista, todo vida, de Gómez de la Serna. Nos satisface menos, por menos orgánico, el libro de Díez Canedo. Pero todos amplían algún sector de comprensión; aunque la sola poesía de Juan Ramón, para quien por ella se aventure, constituye el único material de aprendizaje aconsejable. Ese Juan Ramón enhiesto, vigilante, neurótico, extraño, purísimo, con su arte de refinamiento y de aristocracia, deshumanizado por su infatigable aproximación a la Belleza, siguió dándonos hasta el fin de sus días, de sí propio, de su transida dulzura, de su torturada serenidad, el llagado y angustioso mensaje de ese "hombre desgraciado" que según Kierkegaard es todo poeta, con su voz adelgazada a fuer de espiritual, que pareció afinarse en la captación de lo recóndito.

Se le estaba muriendo Zenobia, cuando las agencias telegráficas del mundo repiquetearon la noticia; la consagración universal del Premio Nobel le llegó al poeta viejo, junto al lecho donde agonizaba la que le hizo venturosa la vida. Y el laurel refulgente y codiciado, se le convirtió a Juan Ramón en el símbolo patético de los ramos marchitos que se ponen al pie de los sepulcros.

*

Cuando, en 1948, regresaron a los Estados Unidos los Jiménez, llevaban con ellos el eco de la admiración de los intelectuales rioplatenses. Y el recuerdo imborrable, amistoso y cálido de Juana de Ibarbourou. Galante, el poeta le envió desde su casa lejana, "un espejo, un libro y un beso", junto con los afectos de Zenobia. Y tal vez ahora las sombras de Zenobia y de Juan Ramón se asomen a su luna antigua. Porque Juana guarda ese espejo al alcance de su mano. Y hoy que "El cansado de su nombre" se ha ido, Juana retribuye aquel regalo con una iniciativa feliz que sólo de su sensibilidad pudo nacer: la idea del monumento más simpático, más tibio y cariñoso, el monumento a Platero, que asomará entre árboles de uno de nuestros parques, su cándida cabezota orejuda. Los niños del Colegio Nacional "José Pedro Varela", que con mano experta y encomiable disciplina dirige nuestro noble amigo el Prof. José Pereira Rodríguez, recogiendo la idea, harán realidad el ternísimo propósito.

Cuatro caritas sonrientes y una maestra linda, vinieron a decírnoslo. Ivonne Talento se llama ésta; y Belmar Badano, Zahida Cassanello, Luis Antonio Menafra y Carlos Poggi, los menudos pioneros de la empresa. Los niños harán todo: la gestiones ante todas las escuelas, ante las autoridades oficiales; ellos harán lo trámites y recogerán los fondos necesarios. Platero tendrá su estatua, porque los alumnos de todas las escuelas pondrán cariño y entusiasmo en este homenaje colectivo, el primero que en tal forma se le rinde al burrito inmortalizado en el libro célebre de Juan Ramón. Bello regalo a su memoria, cuyo alcance de emoción es superfluo subrayar.

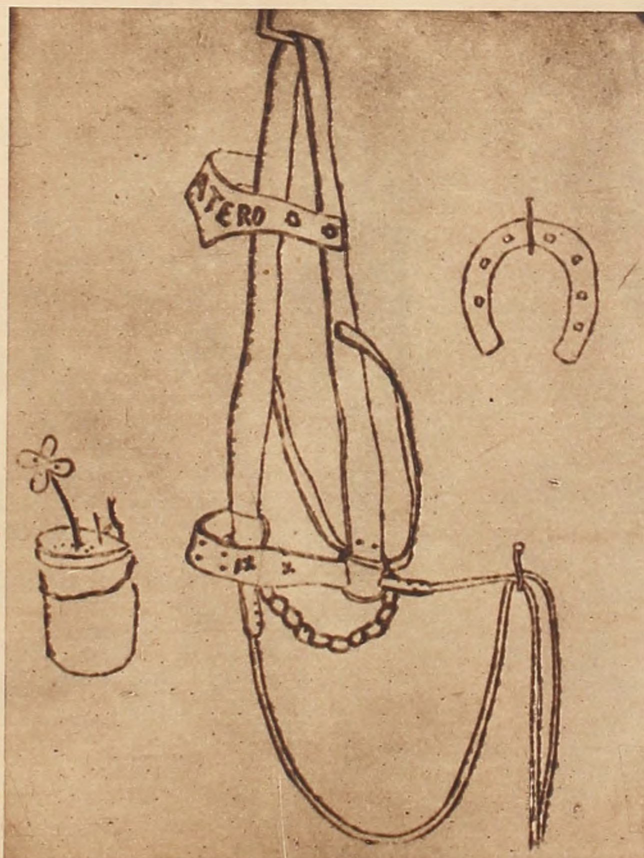
¿Quién no ha leído las páginas tersas, admirables, diáfanas y hondas, de "Platero y yo", quién se ha sustraído a su melancolía, quién no ha sentido húmedos los ojos cuando Platero muere mansamente? Una niñita de Puerto Rico le preguntó una vez a Juan Ramón, con la inocencia de sus cinco años: "¿Señor, usted es Platero?". Y sonrió el poeta. Esa niña, sin poderlo saber, expresaba la identificación sentimental del hombre que en la compañía del animalito tuvo confidente de sus monólogos interiores. El "Marco Aurelio de los prados", la bestezuela dichosa que andaba con un trotecillo alegre que parece que se ríe", cobrará vida verdadera entre los verdes de un parque uruguayo, y el Platero "pequeño, peludo, suave", amigo de los niños y las flores, las mariposas y los pájaros, oirá de nuevo la voz del amo: "Estarás al lado de la vida alegre y serena. Los niños jugarán y coserán las niñas en sus sillitas bajas a tu lado. Sabrás los versos que la soledad me traiga. Oirás cantar a las muchachas...". El dulce Platero trotón, será un símbolo eterno de la dulzura convertida en poesía.

Y desde la otra orilla de la vida, nos llegará la sonrisa conmovida de Juan Ramón Jiménez.

Dora Isella **RUSSELL**
(Especial para EL DIA).



Casa natal del poeta, en Moguer.





Ilustraciones de "Platero y yo", por R. Alvarez Ortega.



ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES

Exposición Juan Martín

EN la *Escuela de Bellas Artes*, se exhibe una serie numerosa de dibujos, realizados en su viaje de estudios por Europa por el escultor compatriota Sr. Juan Martín. En ella se palpa no sólo el espíritu de trabajo que guió los pasos del artista por los viejos escenarios de la plástica universal, sino que la sensibilidad, ya exhibida por él en tantos trabajos que le consagraron, se agudiza en esta serie de dibujos a la pluma, que reflejan un estado especial, por la emotiva dosis de vibración que es patrimonio sustancial de su trazo. Comienza ya en el barco que lo lleva a anotar sus apuntes y en esta sencilla y a la vez bella serie, se advierte en principio el cambio que va señalándole al escultor, la vuelta a Europa. Son dibujos de tanteo, que van de una faz a otra de la vida navegante: ya una pasajera leyendo, una cabeza de marino, figuras que no señalan un carácter determinado, sino que van hallando, ya la línea que Martín ubicará de lleno en su pasaje por la Gran Chaumiere de París, en los puentes, dibujando a los "Clocharts" y menesterosos o en aquella academia del dibujo libre, tan querida por los artistas, donde intenta nuevamente el desnudo, y alienta en las cabezas un reflejo fiel de su personalidad, al adentrarse en el personaje que crea, en la facilidad de la pose segura de aquellos profesionales. Pero sus pasos vagan por las catedrales; Chartres y Notre Dame, dejan un rico bagaje en el alma de Martín, que motiva una infinidad de líneas que van componiendo esa densidad de volúmenes, justos para indicar la plasticidad de lo que desea representar y nunca influirse de un modelado buscadamente pétreo.

La factura de los dibujos de Martín, posee una especialísima sustancia escultórica, de elevada síntesis.

Son sugerentes, véase la serie "Olivos milenarios" de Valldemosa.

El escultor aguza su búsqueda en los gruesos troncos donde formas de raro contenido han ido con el tiempo, tallando como en la roca sugestiones que el artista aprovecha para realizar un notable conjunto de tintas, de ejecución podríamos decir que modelada. Luego en el Museo Guinot, figuras y composiciones; en Compostela, trabaja con el "Pórtico de la Gloria", y en Notre Dame, y Chartres, revive siglos de un arte que le recrea en los mascarones, y en las figuras primitivas que llenan sus pórticos. Martín va al Louvre y con la humildad del que todavía necesita hacer correr su pluma por los perfiles de las estatuas clásicas, condensa la pureza de aquéllas con su línea fina y envolvente. De las esculturas, las "cabezas" testimonian de manera indubitable, su bella materia de creador. Esa envoltura en el modelado, que tantas veces destacáramos en Martín, su técnica con relieves rodinianos, el movimiento en los planos y la expresiva sensación interior que domina por sobre todo lo externo, constituyen su más destacada condición.

Es una exposición que debe verse, porque en ella está materializada, no sólo una lección de trabajo y humildad hacia la belleza, sino el espíritu de sacrificio, anulando en parte lo fácil o ya logrado, para recabar en el estudio de las fuentes básicas, la más sencilla y difícil conexión con el verdadero arte universal. Martín ha sabido sacar su lección: no ha cambiado en lo más mínimo su técnica ni su sentir estudiando: por el contrario, demuestra que ello no perjudica cuando se posee talento, y que el don del artista rara vez fracasa cuando, aún dibujando la clásica línea o la primitiva, no anula su sentir íntimo, que como en este caso, afluye en esa hermosa colección que admiramos.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)











HOMBRE-FLAUTA

SIN la flauta, Ansín no hubiera salido de cero. Con la flauta, llegó a ser el pobre infeliz que era. Esto no es una ironía; es una verdad. Verdad que atestiguaría quienquiera que hubiese conocido a Ansín con flauta y a uno de los tantos que pudo haber sido este mismo Ansín, sin flauta.

—Decía mi madre que yo nací flauta en boca.

No habría nacido, pero anduvo cerca. Más de uno recordaba al tuertito de las primeras retretas de la plaza.

—Un pirriaquito que ;nadie daba dos vintenes por él.

El que lo recordaba, lo recordaba flauta en mano o flauta en boca. Peticito, barrigón y descalzo, allí se le encontraba, domingo a domingo, por aquellos tiempos.

RECUERDE UD.

MODERNOS PLACARES!!
PARA COCINAS Marca "JISSA"
ADAPTABLES A CUALQUIER TIPO DE PILETAS NACIONALES Y EXTRANJERAS
ELEGANTE Y FINA TERMINACION
EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO
ES OTRO PRODUCTO DE:
Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 500269

El mejor esmalte para cualquier superficie
"DENVERLUX"
UNA MANO VALE POR CUATRO!
DENVERLUX
DENVER
CLERICETTI & BARRELLA S.A.
RINCON 729

AGUA
Jahe
HAY UNA SOLA
y deja la ropa blanca... blanquísima...

Café El PAULISTA
Es bueno hasta la última gota!
30 SUCURSALES
CAFE PURO
PAULISTA
MOLIDO A LA VISTA



Ilustración de SIFREDI

Llegaba primero que la banda, cosa de colocarse. En ocasiones, mucho rato antes, de puro ansioso o para "ganarle el tirón" a algún canario de esos que no van a oir, sino a tragarse la banda. Bien cerca del director buscaba su lugar. La plaza se iba llenando de gente ociosa y paseandera. Ansín iba repasando las piezas aprendidas el domingo anterior. Y contando las campanadas del reloj de la jefatura, tras las cuales sabía que, de un momento a otro, llegaría aquella única razón de su espera allí y solo. Tal vez la única razón, por entonces, de su vida de atorrantito con madre medio muerto de disgusto, por ser él como era.

Andaría por los diez años, cuando ella debió convencerse, a la fuerza, de una verdad que hasta entonces había peleado para no creer. Desde que él nació, había empezado a pelear.

—Parece medio anormalcito, comadre... —le había dicho la partera, después de bañar aquel montoncito, formado casi todo por una cabeza y un vientre.

La echó. Pero no bien había salido la otra, ella estaba desprendiendo alfileres y apartando trapos, para mirar a solas el contenido del envoltorio. No quiso mirar mucho. No precisaba, tampoco, para taparle la boca a la deslenguada.

—¡No ha de saber esta bíbora. que todo ricién nacido se buelbe purita panza y cabeza!

Sintió en seguida la necesidad de que los días corrieran a la disparada. De que se formaran semanas y meses y años, sin demora y sin nada adentro.

Pero los días parecían con pega-pega, de lerdos. Parecían bolsas llenas de horas grandotas y pesadas. Gigantes cabezudos y panzones, parecían.

Hasta que vino aquella mañana inexplicable. Una mañana de cinco minutos; un relámpago, casi, apenas para mostrarle el ojo blanco del hijo; apenas para darle tiempo a hacerse a la idea de que por toda la vida, debía mirarlo, tenerlo y quererlo con aquella herida incurable en el rostro. En seguida, la mañana se le hizo noche. Noche ciega, larga, de muchos años. Como si los ojos se le hubiesen cerrado para siempre, ante la visión de aquel ojo.

—Lo que siento, no es la vista que le falta; es que sia tuerto, pobrecito!

Todo lo que ocurrió después, ya fue a lo largo de esa noche larga. Y por eso, para ella todo fue poca cosa. Como fue la persistencia del tamaño desmesurado de cabeza y vientre; el tartamudeo de años y la hurañez de bicho. Insignificancias, al lado de lo otro; de aquel pozo de agua lechosa, que ni el agua del tiempo ni millones de lágrimas habían conseguido ni conseguirían aclarar.

Tenía que llegar la maestra, cierta tardecita después de la clase, con un enredo de dos horas y algo más, para ella darse cuenta de que todavía quedaba algo más para venírsele abajo y todavía lágrimas para seguir llorando. De las primeras cosas que le dijo, fue que en los tres años que llevaba de escuela, Ansín no había aprendido ni a "poner ojo". Ella en seguida se acordó de la flauta. Y estuvo con los labios despegados, para echarle las culpas de todo a la porquería. Nunca hubiera pensado que entre el montón de "entretenciones" que le había venido dando, el "mala idea" fuera a preferir semejante "cascarria ferrugienta". Tanto la había preferido, que desde hacía buen tiempo no se pasaba más que soplando y soplando aquello. Horas cansadas, soplando. A veces, ella de rabia se la escondía.

¡Me tenés almariada con ¡tu pío pío! Pero viendo la "cara de pasmadito" que ponía al echar falta del mamarracho, se lo volvía a dar. Hasta que una ocasión no pudo soportar más. A martillo le hizo varios dobleces. Y la aventó entre un yuyal. Al rato ya estaba lagrimeando de verlo con aquella cara. Anduvo una semana buscando hojalaterías por todo el pueblo.

—¿Me hace un cañito de mayor a menor, con seis o siete aujeros?

—¿Cañito de qué y pa qué?

—Si bengo a una latería, tendrá que ser de lata, me supongo, ¿no? Lo de pa qué, corre por cuenta de quien paga. Usté lo hace.

No se la hicieron. La fue a encontrar medio parecida en un figurín y la encargó a Montevideo.

Con los labios despegados, estuvo, para echarle las culpas a la flauta. Pero la maestra seguía y seguía hablando. Ni un claro le dejaba, para descargarse ese peso. Cuando se lo dejó, ya no le servía para nada. No quedaban culpas. Lo que quedaba era aquello que ella sabía, pero que no quería saber. Lo supo, igual. Apretada entre el vendaval de palabras que le venía de frente y la noche de diez años que tenía a la espalda. Sumida en aquella noche, se quedó, con los labios pegados. Contestando por señas a las últimas palabras de la maestra normalista. Desde el día siguiente, Ansín no fue más a la escuela.

Para cualquier gurí de su edad, eso hubiera sido algo así como regalarle el mundo. Y el mundo era el pueblo con monte y río juntos. Pero para Ansín, no había otro mundo que el que venía descubriendo él, a soplido y dedos. Solo, lo venía descubriendo. Despacito. Con una paciencia increíble en él.

Lo primero que se le fue dando en el incansable tanteo de todos los días, fue un arrorró que tenía metido adentro desde no sabía cuándo. Una cosita liviana, finita, casi un hilo de seda. Apenas medio la dibujó contra el silencio de un oscurecer, salió corriendo rumbo a la cocina. Llegó desparramando felicidad.

—¡Mire, mama!

—¿Mire lo qué? ¿Esa facha de guérfano, que tráis?

—No, no. Mire.

Cuando lo vio levantar la flauta rumbo a la boca, le vinieron ganas de "taparlo de un sosegate". Pero no tuvo tiempo ni de largar la pala de revolver. Revolviendo, la agarró la punta de aquel hilo de seda suavecito. Más suavecito que un hilo de seda, ella lo sintió envolvérsele. Como un "casi nada". Algo como la luz de la luna, que toca pero no se siente. Y venido de lejísimo, como la luz de la luna. De mucho más allá de la vida y del mundo y de todo...

—¡Mama!

Largó la pala y dejó de balancearse. Estuvo buscando unas palabras, pero el hilo le había formado como un ovillo en la garganta y una telaraña en los ojos. Atinó a envolver al mala facha en un abrazo sin fin. Después de haberle humecido el pelo de llanto, recién encontró las palabras que venía buscando.

—¡M'hiciste acordar de un mundo de cosas, con eso!

—¿Qué cosas?

—¡Yo qué sé! Cosas y más cosas.

Apenas cenaron, quiso volver a sentir aquello. Se durmió a su son mal dibujado a dos dedos, sobre el silencio de la noche.

Fue de ahí para adelante, que la fiebre de la flauta se le redobló a Ansín. Pero con el arrorró, tres o cuatro valses y un tango viejo, el repertorio casero quedó agotado. Por mucho que la cargoseó, no le sacó más nada.

—Tararée, mamá.

—¿Qué via'tarariar yo, muchacho?!

—Cualquier cosa, pa' sacar.

—Te digo que no sé.

Cualquier cosa le servía. Y andaba siempre a la pesquisa. Pasaba uno chiflando por donde Ansín lo oyera, le salía de atrás. Y lo seguía hasta donde el otro siguiera chiflando. Volvía derecho a "sacar". Eso, si no lo había seguido ya con la flauta, dedeando a la retaguardia.

Casa con vitrola, era casa que Ansín empezaba a rondar. Trataba de hacerse amigo con algún comedimiento. Después que entraba, no salía hasta no haber pasado y repasado cuanto disco hubiese. Si se hacía de confianza, traía la flauta allí mismo y se ponía a "sacar". Si no "agarraba" y se iba a su casa. Con un hallazgo de éstos, tenía para semanas encerrado, "dele geta y dedos".

De modo que, cuando descubrió la banda, ya tenía mucho camino hecho. Repertorio fuera de moda, pero variado. Además, bastante buen dominio del instrumento. No era cualquier "chapucero", el que lo iba a dejar parado con una nota.

En ocasiones, para pasar el tiempo entre pieza y pieza, se le arrimaba un clarinete o un saxofón de aquellos más "corridos".

—A ver, tuerto, si agarrás ésta.

Ansín se preparaba. El otro tomaba bastante aire y lo largaba todo en un chorro

repiqueteado, como de medio minuto. Todavía estaban vibrando las estridencias del metal sonoro, cuando empezaba a nacer el eco apagadito y lerdo del latón ordinario.

—Parece que salió... —decía Ansín respirando hondo.

—Pero, ¿cómo hacés birola?

—Golpe de oreja, no má.

—¡Dios te conserb'esa oreja y ese golpe! Domingo a domingo estaba allí. Años. Al cabo de tanto, poca cosa podía ya dejarle la banda. Cuando mucho, alguna marcha que otra, de mes en mes. Buscó para otro lado. Empezó a hacerse invitar y a invitarse solo, a cuanta fiesta o reunión con música "olfateaba". Claro que no iba a lo que iba todo el mundo. Llegaba y se les pegaba a los músicos.

Para darse cuenta de que era él un músico, tuvo que faltar el saxofón de Pedro Pérez en una fiesta escolar muy grande, allá por Las Chacras. Estaba todo pronto para empezar el baile y ni sombra del moreno viejo. Se consultaron los dos "guitarras" y uno de ellos se le acercó a Ansín, que estaba también esperando allí, hacía horas.

—¿Usté trajo su aparato, tuertito?

—¿Cómo no? Aquístá.

Se tanteó un bolsillo.

—Diga una cosa: ¿usté no se animaría... pa ir tirando?

—¡Ta mal, usté! ¡Yo no! ¡Qu'esperanza!

Tuvo que intervenir hasta el presidente de la Fomento, para que se decidiera.

Entre miedosos y tentados, los acompañantes se pusieron a hacer unos floreos, cosa de salvar responsabilidades, haciendo ver su arte de antemano. Mientras la gente se hacía cargo de aquellas habilidades, Ansín esperaba callado en su rincón con la flauta abajo del brazo.

Después de varios aprontes y firuletes, los de las guitarras lo invitaron a templar. Todavía con la esperanza del saxofón, lo invitaron.

Le pidieron sonido varias veces; dio sonido cuantas veces le pidieron. Estuvieron clavijeando otro rato, se secaron las manos en las rodillas, se secretearon, se rieron con disimulo y allá a las cansadas, el que había hablado convidó a Ansín:

—¿Bamo?

—Bamo.

—¿Con qué arrancamo?

—Con lo que guste.

El otro miró al compañero. Buscó una sonrisa, no la halló.

Otra vez a Ansín:

—¿Tango?

—Tango.

—Elija.

—Elija, no má.

El guitarrero ya no miró a su yunta. Se quedó serio y dijo fuerte:

—Pañuelito blanco.

Se soplaron ellos un cuchicheo. Ansín se acomodó. Dos o tres ajustes más y largaron.

Iban entrando al cuarto o quinto "pañuelito", cuando el cabeza de acompañamiento pudo darle un manotazo a Ansín. Pararon.

—Pero, ¿hasta cuándo pensaba darle?

—¿Y yo qué se?

—Hace una hora que l'estoy haciendo señas...

—¿Y qué lo iba'ber con este ojo?

—¿Y el otro ojo?

—El otro taba en la flauta, pues...

Los largó acalambrados y bañados en sudor. Soltaron las guitarras y se fueron al patio, a salir del asombro. Pero les quedaba todo el baile, para seguir asombrándose. En todo el baile no repitieron una pieza.

Ansín salió con plata y con fama de aquella fiestita.

Desde el día siguiente a esos exámenes, no lo dejaron parar. En esa época, en Treinta y Tres, un músico, queriendo, era hombre de cierto "pasar". Pueblo muy divertido, donde había reunión tenía que haber baile. Y a vitrola, sólo en local muy chico y cerrado, se podía bailar. Asimismo, mucha gente bailaba "al tanteo".

Con el ruidaje de los pies no más, aunque fuera en piso de tierra, era muy difícil "llevar el hilo". Ni qué decir, donde el piso fuera de ladrillo o de tabla.

Por todo eso y porque no abundaba. el músico de oído vivía. Y vivía, quiere decir que comía y vestía bien y hasta se hacía algún gusto extra.

A Ansín no lo dejaban parar. En ocasiones no había llegado de un baile, cuando lo andaban buscando para otro. Dos, tres noches sin dormir. a veces. Y si por si él fuera, toda la vida sin dormir ni comer. Intervenía la madre.

—¿Y'Ansín?

—No 'stá.

—Es para una serenata...

—Menos 'ta.

—Tov aquí, mama.

—¡Usté no'stá, no señor!

—Pero, mama; y éste que t'aquí, ¿quién es?

—Ese qu' est' ahí, ta durmiendo y se calla.

No lo entregaba. Le quedaba doliendo el choque de la propia negativa, contra un deseo también propio, mucho más grande: el de que el hijo se fuera por ahí, a seguir asombrando el mundo. Pero la compensaba de ese choque, el gusto de usar, contra todos. aquel derecho que sabía sólo suyo.

Epoca de no dar abasto, era la del verano, hasta principios del otoño. Con diciembre, venían los exámenes de las escuelas, pretextos para grandes bailes, y las fiestas de comienzo de año, que duraban hasta mediados de febrero; pues no se andaban estorbando unas a las otras y entonces aquellos "comienzos" se estiraban hasta un mes y pico. De ahí, entre los carnavales y sus colas se iban dos meses más. Todo, "mechado" de cumpleaños, casamientos, bautismos, esto y aquello.

Ansín llegó a pasar semanas completas, fuera de la casa y hasta del pueblo mismo. Cuando volvía, ella lo estaba esperando llena de reproches.

—Ya ni tiacordás que tenés madre biba.

—Acordarme, miacuerdo mama.

—¡Tiacordás! ¡De la flauta es de la madre que tiacordás!

Mientras él le iba volcando en la falda, las ganancias de toda la jornada, ella lo "cafeteaba". Después lo mimaba, le daba de comer y lo hacía dormir un par de días. Un par. Más, no podía. Se le escapaba de las manos. Ahora, que más que nunca lo quería tener allí, se le escapaba. Tenerlo para sentirlo suyo. Y mostrarlo suyo. Sentirlo y mostrarlo allí, donde lo había echado al mundo. Donde sola con él, había soportado el peso de aquella noche interminable; sola con él y contra todo el pueblo. Ahora quería que todo el pueblo desfilara por allí. Para decirle a todo el pueblo que si el tuertito barrigón había sido sólo de su madre, el músico famoso más lo era. Decírselo a todos; pero más fuerte que a nadie —con gritos que las traspasaran de oreja a oreja —decírselo a la partera y a la maestra normalista.

*

Ansín no se daba cuenta, pero el pueblo estaba cambiando. Se trataba de uno de esos cambios silenciosos y llenos de complicaciones, que vienen de adentro para afuera; de modo que se ven ya cuando "revientan". Con las raíces quién sabe dónde, llegan cada un mundo de tiempo y despaciosamente; pero con una fuerza capaz de transformar hasta las piedras de un tinguiñazo.

Fue lo que pasó con Treinta y Tres. Anocheció el pueblo con un alma de criatura, que era. Amaneció una señora ciudad llena de modernidades. Como si durante la noche se hubiera criado. Cambió de costumbres y de todo, como quien cambia de pañuelo. Desconocido quedó el pueblo viejo.

Mucha gente se acostumbró en seguida. Es decir, cambió también de la noche a la mañana. Quién sabe cómo pudo, pero cambió. Tal vez, gente a la que aquello le venía también haciendo fuerza por dentro, como al pueblo sin que se diera cuenta. Mucha gente.

A Ansín, el vuelco lo agarró "con la flauta en la boca". Desprevenido, lo agarró. Ya hombre madurote y con madre vieja.

La invasión de músicos de carrera, que cayó de golpe, hizo que el músico de oído empezara a sobrar. Hasta el bailecito más infeliz quiso darse el lujo de la orquesta profesional. Para empezar a creer en esa verdad Ansín necesitó meses. Pero le bastó una noche para terminar de creer. Noche de cumpleaños en casa donde la flauta había sido número puesto hasta en alguna reunión de mate dulce. No precisó que lo invitaran. Agarró el instrumento y para allá se largó. Estaba sentado en el lugar de siempre, cuando llegó aquel lote de individuos igualitos de arriba a abajo. Tuvieron que pedirle permiso, colocarse en su lugar, ocupar su silla y hacer algún apronte, para que él comprendiera. Entonces trató de hacerse lo más chiquito que pudo, para escurrirse por entre la montonera de gente que rodeó a los recién llegados.

Antes de entrar a la casa, estuvo descansando de la corrida. Pero bastó que llegara a aquella hora, para que la madre también comprendiera. Mejor dicho, para que también acabara de creer en la verdad que los venía acosando a los dos.

*

Se le empezó a ver tocando por lugares donde nunca se le había visto antes. Lugares donde todavía la flauta dejaba algunos vintenes por pasada de platillo. Lugares a donde se había ido a refugiar el alma de criatura del pueblo viejo, con la que había aprendido a sonar aquella porquería de latón.

Con la muerte de la madre, hasta eso se le fue terminando. Empezó a notar que la flauta no le respondía en público. Y que ya él no era hombre para volver solo a la casa por las madrugadas, a comer solo y a acostarse solo.

Parecía mentira ver a Ansín por las calles, vendiendo números de lotería. Verlo tan viejo y con una permanente cara de asombro, como de gurisito a quien, de golpe, le quitan el chupete. Verlo sin aquel "cañito con aujeros", que era como su apéndice.

—¿Qué fue de la flauta, Ansín?

—Ayá'stá, en casa.

—¿No toca más?

—Sí, toco; pero pa mí.

Todas las tardecitas, al volver de la venta de números, se ponía a tocar.

Horas perdidas, repasando el repertorio viejo. A veces se dormía con la flauta en la boca.

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA)



Vista aérea del Fuerte McHenry. Al fondo la ciudad de Baltimore.

El Fuerte Mc. Henry, donde se compuso el himno de E.E. U.U.

EL Fuerte McHenry, que defendió a Baltimore del ataque de los ingleses durante la guerra de 1812, está estratégicamente situado en un hermoso paraje frente a la Bahía de Chesapeake y aunque por su aspecto pintoresco es centro de atracción de los viajeros, se lo conoce más como el lugar donde un abogado de las colonias que luchaban por su independencia, detenido a bordo de un barco de guerra inglés durante el ataque, concibió el poema que sería la letra del himno nacional de los Estados Unidos, y por este motivo, ha sido declarado monumento nacional.

Durante la noche, mientras se libraba el combate, Francis Scott Key no sabía si los patriotas habían cedido a los poderosos asaltos de los ingleses, entre cuyas fuerzas figuraban los "Invencibles de Wéllington", veteranos de las guerras napoleónicas. Sólo "las bombas que estallaban en el aire" y "las brillantes luces rojas de los cohetes" le indicaban que el fuerte resistía. Después, "cuando empezaba a clarear el día", percibió que "el estandarte de las barras y las estrellas" estaba aún izado, lo que le produjo tal emoción que inmediatamente concibió el poema que escribió aquella misma mañana en el reverso de una carta.

Poco después el poema se empezó a cantar con la música de una famosa canción inglesa "To Anacreon in Heaven". Con el tiempo se fue haciendo cada vez más popular, y en 1931 el presidente Hoover firmó una ley declarándolo himno nacional de los Estados Unidos, pues el pueblo ya lo había adoptado como su principal canción patriótica, de modo que la resolución del presidente vino a oficializar una situación que ya existía.

El Fuerte McHenry se llamó anteriormente Fuerte Whetstone. En 1776, cuando las colonias inglesas de la América del Norte declararon su independencia y emprendieron la guerra que había de durar ocho años, se construyó en esa estratégica península un fuerte con 18 cañones para defender la rada de Baltimore, pero nunca sufrió el fuego del enemigo.

En 1790, al amenazar otra guerra, se construyó el fuerte actual detrás del anterior y el nombre de Whetstone se trocó por el de McHenry, en honor a James McHenry, secretario de George Washington durante la guerra de independencia y secretario de Guerra de 1796 a 1800.

Key se encontraba en el lugar del combate en setiembre de 1814 porque se había ofrecido para negociar con los ingleses la libertad de un médico norteamericano que éstos habían detenido. Los ingleses convinieron en darle la libertad, pero, por razones de seguridad, el médico y Key fueron retenidos hasta que se tomara a Baltimore y en su propia embarcación se les colocó detrás de la flota inglesa, pero quedaron en un punto desde el cual podían ver las peripecias del combate. En las 25 horas que éste duró, Key nunca abandonó la cubierta y la idea de su poema concibióla cuando vio la bandera de los patriotas ondeando todavía a través de la bruma del amanecer y el humo del cañoneo: el ataque de los ingleses había sido rechazado. Key y el médico fueron puestos en libertad al anochecer. El poema había sido ya revisado y al día siguiente se imprimió en hojas sueltas.

La restauración del fuerte a su aspecto original fue comenzada por el ejército norteamericano en 1925, cuando el lugar fue constituído en parque nacional. Una ley promulgada en 1939 designó nuevamente al fuerte y los terrenos que lo rodean, de unas 20 hectáreas, monumento nacional y lugar histórico. Los edificios interiores del fuerte, antiguamente cuarteles y viviendas de oficiales, son ahora museos que contienen recuerdos de la guerra de 1812, la colección Bowie de armas de fuego, antiguas banderas y la historia del himno nacional. El fuerte, por sí, es un buen modelo de la arquitectura militar del siglo XVIII.

Para los estadounidenses el objeto de mayor interés que se ve allí es la bandera nacional que ondea sobre el baluarte las 24 horas del día. En la mayoría de los lugares sólo ondea del amanecer al atardecer, pero en el Fuerte McHenry nunca se arría en honor a sus defensores de 1814.

U.S.Y.S. Exclusivo para EL DIA.

RECUERDE UD.



APICURIN



Producto a base de JALEA REAL ESTABILIZADA, analizado y autorizado por el MINISTERIO DE SALUD PUBLICA. - REGISTRO 15.310. está en venta en Farmacias.

Elabora: LABORATORIOS "CABRAL"
SAN JOSE 1022 — Teléfono: 8.80.67
Montevideo

CAPITAS
PILOTS
IMPERMEABLES
•
CALZADO
PARA
LLUVIA
•
DURBAN
18 de Julio 872



comprando
SIAM
Ud. paga menos
y recibe mas



capacidad
10% unidades

Siam URUGUAY 1123

CLINICA
DENTAL
YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.
HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533
(A mitad de cuadra)
CASI PAYSANDU

REIVINDICACION ARTIGUISTA



Ruinas del Cuartel de Blandengues, Cuerpo que al crearse fue enviado a Maldonado, en virtud de sugerencia hecha por D. R. Pérez del Puerto.

La crítica histórica viene anotando una revisión de conceptos, altamente promisora.

Cosa lógica, desde luego, ya que aquietado y estabilizado el proceso de nuestra afirmación política, cada elemento de su estructura ha ido tomando su adecuada proporción.

Uno de los ejemplos más ilustrativos, lo constituye el caso de la reivindicación Artiguista, producida inicialmente dentro, y ahora ya indiscutiblemente fuera de fronteras. Ello involucra —interesa mucho destacarlo— otros conceptos que se vinculan a la actuación y a la obra de Artigas, que no han sido, en verdad, muy claramente señalados hasta el presente.

Se ha procurado en general, ubicar a nuestro Prócer en función diríamos, de futuro, muy pocas veces, del pasado al que Artigas se vincula tan fuertemente, cuando, desde luego, con este olvido se vulnera la cabal y ajustada interpretación de su magnífica personalidad, y de su real cometido histórico. Con ello se dificulta al mismo tiempo la comprensión de hechos y etapas posteriores.

Sabido es, que en la lucha de ideas, de intereses y de ejércitos, Artigas fue el vencido, interrumpiéndose por tal circunstancia, un hermoso proceso que apuntaba ser evolutivo, y llegar así, a nuestros días.

Artigas sólo pudo legarnos como efectivo inmediato la conquista de nuestra unidad político-territorial, y "soldar" la conciencia de la *"orientalidad"*, empero, al romperse bruscamente la unidad ideológica, y complicado nuestro acaecer histórico por su derrota, que fue no sólo militar, sino también institucional, hemos tenido después que *"retomar"* muchos conceptos básicos de aquel pasado, a través de profundísimos quebrantos institucionales, de ardorosas luchas entre hermanos y dolorosos aprendizajes.

Pongo por ejemplo —y entre otros que iremos viendo en subsiguientes crónicas— su concepto de justicia social con respecto al problema de la distribución de la tierra, idea que impregna las pertinentes disposiciones del Reglamento Provisorio del año XV.

El historiador e investigador compatriota Juan Antonio Gadea ha publicado recientemente en el Boletín Histórico Militar un hallazgo de trascendente significado, que logró en nuestros archivos como fruto de su intensa y personal labor investigadora.

Tal es, la comprobación documental de que Artigas en el año de 1808 estaba verificando distribución de tierras en la Campaña Oriental, constituído en algo así, como un juez territorial ambulante, y que este importantísimo cometido, lo cumplía por disposición del Gobernador de Montevideo, presumiblemente, a su vez, de mandato virreinal.

Debo compartir, confirmar y ampliar el origen de esa política social con respecto al agro por parte de las autoridades coloniales, de las que Artigas vino a continuar sus directivas generales en el ya mencionado Reglamento Provisorio, porque en mis búsquedas históricas he hallado concesiones con ese específico contenido, cumplidas en virtud de disposición virreinal, antes de finalizar el siglo XVIII por el Ministro de Real Hacienda de Maldonado, don Rafael Pérez del Puerto.

Cito el muy significativo, correspondiente al año 1793 por el que el Comandante de Sta. Teresa —comisionado por Pérez del Puerto— entregó tierras a un indio, cuien se había presentado solicitándolas por ser un vecino pobre.

Dice textual, el documento en la parte que es de nuestro especial y presente interés:

"Dn. Agustín de la Roza Capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires y actual Comandante del Fuerte de Sta. Teresa y su juriadicción.

Certifico que hallándome de Cte. del enunciado Fuerte el año de 1793 me hallé facultado por el Sr. Ministro de Rl. Hacienda de la Ciudad de Maldonado don Rafael Pérez del Puerto, para repartir proporcionalmente a los vecinos pobres de esta juriadicción los terrenos realengos que median entre el arroyo de Castillos y esta Fortaleza. Y entre los vecinos que concurrieron a obtener la susodicha gracia se me presentó el indio Martin Felix, al que le señalé por hallarse allí avecindado y tener sus ranchos, corrales y ganados, los campos que hay desde la Laguna de la Cruz hasta la laguna Grande del Palmar. Después de haberle concedido la gracia al interesado se me presentó el peón que era del Rey, llamado Juan Romero pretendiendo que como por vía de agregado le concediera poner en los terrenos de dicho Martin Felix unas lecheras que poseía, en atención a no tener donde tenerlas, lo que con anuencia de Martin le concedí", etc.

(Testimonio de Ag. de la Roza en Santa Teresa. Dic. 1802)

Lo expresado, aclara las fuentes originales con respecto a los conceptos vertidos por Artigas, en aquel Reglamento Provisorio, permitiendo radicarlas en algo más real, y anterior a su contacto personal con Azara —quien, por otra parte, responde a la literatura de la época o al menos a los conceptos vertidos por otros varios escritores, funcionarios y gobernantes— y a la influencia que sus ideas y su labor pobladora en Batoví pudieron haber ejercido en Artigas cuando le acompañó (1800-01) por designación virreinal, al formal establecimiento de la mencionada Villa, opinión que ha sido frecuentemente vertida y que juzgo errónea porque no responde a la visión integral del momento histórico que se pretende reconstruir.

Conviene, por otra parte, recordar que el Virrey Avilés al hacer el nombramiento de Artigas, tuvo en cuenta su propia idoneidad al decir:

"...en quienes (se refiere a Artigas y el Tte. de Infantería José Rafael Gascón) respectivamente concurren las buenas cualidades que al efecto se requieren", etc.

Y no está de más tener presente que Artigas había tenido ocasión de tratar antes de esa fecha, figuras prominentes del historial indiano.

Al ingresar al Cuerpo de Blandengues, estuvo destacado en Maldonado, y recorrió el camino real hasta Sta. Teresa toda ella, zona de actuación del Ministro de Real Hacienda don Rafael Pérez del Puerto ya mencionado en esta crónica, quien era técnico y versado en los problemas del agro, de la justicia social, y de los grandes temas de la hora.

Mucho antes de ese fin de siglo XVIII, había señalado la necesidad de crear escuelas para difundir la cultura, atribuyendo a la ignorancia muchos de los males y atrasos de la campaña, y ese pulular de hombres vagos en ella. De su sentido de justicia social y humanidad, no cito ejemplos, porque ellos llenarían por sí, toda esta crónica.

Y en cuanto al problema de fundación de pueblos, Pérez del Puerto era un experto, y la presencia de Artigas en la Región de Maldonado, coincidiría —año 1797— con la labor dundacional confiada a este Ministro por el decreto del año 1792 y de su tarea relativa a los problemas atingentes a la tierra y a su respectiva distribución.

En uno de los tomos de la Historia General de la Región de Maldonado, que está en vías de aparecer estudio en el correspondiente al Ministerio de Real Hacienda, la personalidad y obra de ese ejemplar funcionario colonial.

Adelanto ahora (por interesar a la aclaración del tema) que Pérez del Puerto fue llamado por el Virrey Avilés a los efectos de que le asesorara en temas de su versación.

A este respecto dirá el mencionado Virrey:

"De las familias pobladoras que vinieron de esa península a Montevideo por los años de 79 y 80, hay un resto considerable sin destino, causando gastos muy crecidos a la Real Hacienda, que los mantiene.

Desde que me impuse de este asunto y de las repetidas Reales Ordenes expedidas, para exonerar al Real Diario de esta inútil pensión, colocando y poniendo en estado de poderse mantener y ser provechosas a estos países dichas familias, conocí que era uno de los principales que debían ocupar mi atención sin perderlo de vista hasta verlo finalizado y habiendo procurado tomar todas nociones oportunas para proceder con acierto, con economía y con el método más adecuado se me informó que el Mo. de Real Hacienda de la Caja Foránea de Maldonado Dn. Rafael Pérez del Puerto podría suministrarme algunas ideas por sus conocimientos, integridad y práctica que tenía en la materia por haber sido el que desempeñó con más acierto y utilidad la formación de un Pueblo de las familias anteriormente colocadas. Con este motivo le hice venir a esta capital y efectivamente

ha contribuido bastante para la resolución que he tomado."

Concuerdan con estas expresiones, lo manifestado por Pérez del Puerto, quien dice: "La colocación de remate de las familias pobladoras venidas de España ha sido siempre un asunto que ocupaba la atención de este Superior Gobierno para liberar al Real Erario del crecido costo que le ocasionaba y aún ocasiona su subsistencia. Con este objeto se me ha hecho venir repetidas veces a esta Capital para que con mis prácticos conocimientos alumbrase y ayudase a tan importante objeto", etc.

Agrega, luego de detallar los diversos cometidos fundacionales que se le confiaron por el Virrey Arrendondo que "Con este mismo objeto me hallo en esta Capital porque la bondad de V. E. ha querido escucharme para dar colocación al restante de dichas familias pobladoras como ya lo tiene V. E. ordenado y comisionado para la ejecución al Capitán de Navío don Feliz de Azara, dejando a mi cuidado la parte respectiva a la Real Hacienda".

Es interesante a este respecto los párrafos pertinentes del auto del Virrey Marques de Avilés —su fecha 18 de marzo de 1800— los que transcribo. Dice, textual el Virrey en ellos:

"Visto este expediente obrado sobre dar fija y estable colocación a las familias Pobladoras que a costa de la Real Hacienda fueron conducidas desde España, con lo proveído en el asunto en varios otros expedientes por la Junta Superior de Real Hacienda y lo informado por el Señor Comisario de la 3ª Partida de Demarcación de límites el Capitán de Navío don Feliz de Azara y por el Ministerio de Real Hacienda don Rafael Pérez del Puerto", etc.

Algunos autores, quizá por falta de documentación, sólo han reparado en la actuación del Capitán don Félix de Azara, en este importante tema de dar destino a las familias pobladoras y pertinentes determinaciones del Virrey Avilés. Error histórico que es menester disipar porque también estuvo Pérez del Puerto, y sobre todo, con la eficiente actuación que el propio Virrey manifiesta y reconoce, cambiando así en mucho, el panorama que dichos historiadores sobre la base de ese error nos han ofrecido hasta el presente.

Tanta era la eficacia de su técnica pobladora que posteriormente el Virrey Sobremonte en el plan de fundaciones de 1805, mandó observar su método.

Pero, es serio y prudente dejar estas *presuntas influencias personales*, en que se hace difícil aquilatar rigurosamente el grado en que pudieron haberse ejercido, para cederla a lo actuado por Artigas en propia persona, y por otros funcionarios en cometidos concretos, confiados por las autoridades coloniales, porque eso sí, nos pone frente a la realidad histórica, ya que como lo señalé precedentemente es real y efectivo. Y aunque no se descarte el contacto con figuras de relieve, estas influencias pierden valor y sentido de *causalidad*, ante la propia experiencia personal, que le permitía afinar la captación de los problemas del agro, en su aspecto jurídico, y otras múltiples facetas de este complicado asunto en el que es aquí bueno evocar el histórico ejemplo de los Gracos.

Al mismo tiempo, nos muestra su figura, no sólo como a un valiente capitán —durante el período indiano— capaz de poner orden en esa Campaña por él tan conocida, aprehendiendo vagos y malhechores (que todo ello entraría en la esfera del coraje personal) sino representando a las autoridades en actos de contenido orgánico y sustancialmente creador.

Magnificándose con ello su figura al tiempo que se hace normalmente comprensible su labor de futuro. Empero, por esa época iba transcurriendo el año de 1808 y a tal altura del historial indiano que toca a su fin, conviene y corresponde formular una pregunta.

¿Cuál iría a ser el destino y función de la tierra cuando en el breve y escasísimo lapso de dos años, se entrse en pleno período revolucionrio?

Corresponde decir que a partir del año 10, las medidas gubernamentales con respecto al agro, se impregnaron de *intenso contenido político*.

Así, el Bando del 23 de agosto de ese año, fuera de que constituía una medida financiera bajo la máscara de regularizar la propiedad, comportaba, muy nítidamente, un medio de coaccionar voluntades, por parte del Gobernador de Montevideo en todo el territorio Oriental.

Este precitado Bando conmovería al agro, porque en realidad dejaba todo lo actuado anteriormente en cuanto a política de tierras, en situación de suma precariedad.



En primer plano, ruinas del Cuartel de Blandengues, edificio que en muchos aspectos vincula su historia, a este Ministro de Real Hacienda.

Y sus frutos que fueron, intranquilidad social e inseguridad económica contribuirían a preparar el clima adecuado en primer término para el estallido revolucionario, y en segundo lugar, para el éxodo en el subsiguiente próximo año de 1811.

En el 15, Artigas recogió —ajustando— esta nueva función de la tierra, según claramente lo determinan las disposiciones de los artículos 12, 13 y 14 del Reglamento Provisorio, al estatuirse en ellos:

"Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallen indultados por el jefe de la Provincia para poseer sus antiguas propiedades" (Art. 12).

"Serán igualmente repartibles, todos aquellos terrenos que desde el año de 1810, hasta el de 1815, en que entraron los Orientales en la Plaza de Montevideo, hayan sido venidos o donados por el Gobierno de ella", establece el artículo 13.

Y por último el 14 expresa:

"En esta clase de terrenos habrá la excepción siguiente: Si fueron donados o vendidos a Orientales o a extraños. Si a los primeros se les donara una suerte de estancia conforme al presente reglamento. Si a los segundos todo disponible en la forma dicha." Entonces hubiera sido factible una justa redistribución del agro, rompiendo los monopolios latifundistas, anhelo que quedó incumplido por la invasión portuguesa del año 1816, y la posterior derrota de nuestro Prócer.

Constituídos en "Provincia Cisplatina" abundaron las concesiones de tierras como prebendas políticas y también a súbditos luso-brasileños; todo ello, al margen de la justicia social que Artigas se había propuesto.

Una vez liberada la Provincia, se precipitaron sobre las tierras públicas, muchos prohombres de la época, so pretexto de compensación de sacrificios y méritos patrióticos.

Y la Patria, pagó...

Luego, se desgranaron las tierras fiscales a causa de los apuros en que había caído el Erario, e insegura la propiedad particular, en medio de tantas luchas intestinas, la falta de cultura, el predominio de los caudillos y caudillejos y otros factores, se fueron definiendo ciertas modalidades propias y características del régimen feudal (aclaro que recién entonces, y no en el siglo XVIII como algunos lo han sostenido) marcando nuestro proceso, una curva en significativo descenso.

Por eso también, cuando nuestros grandes hombres, han agitado banderas de idealismo en tema de democracia, igualdad y justica social, en muchos y fundamentales aspectos ello ha significado, *retomar el camino.*

Florencia FAJARDO TERAN

(Especial para EL DIA)

Emporio de los Sandwiches





LUNCH
PARA 25 PERSONAS

SANDWICHES DE LUNCH
12 Jamón
12 Queso
12 Lengua
12 Pavita
12 Atún
12 Ensalada Rusa
12 Olímpicos
12 Choclos
12 Mariscos
12 Filet de Anchoas
120 .... $ 13.20

SANDWICHES VARIOS
25 Arrolladitos Surtidos .... $ 4.-
50 De Copetín (Cuadraditos) .... $ 4.-
75

SALADITOS
6 Aceitunas Rellenas
6 Parmesanos
6 Canadienses
6 Bobitas de Queso
6 Roulé Lengua Con Pavita
6 Quesitos Envueltos
6 Rollitos de Anchoa
6 Canapés cinco pisos
6 Canastitas con Aceitunas negras
6 Arrolladitos jamón con bizcochuelo
60 .... $ 8.40

PASTELITOS
20 Anchoas
20 Carne
20 Verduras
60 .... $ 6.90

MASAS
1 ½ Kg. Masas finas .... $ 12.-

Total $ 48.50

$ 48.50

10 PERSONAS $ 22.94
40 PERSONAS $ 82.93
50 PERSONAS $ 100.15
75 PERSONAS $ 136.53
100 PERSONAS $ 201.70
150 PERSONAS $ 299.05
200 PERSONAS $ 403.40
300 PERSONAS $ 597.10
500 PERSONAS $ 961.50
1000 PERSONAS $ 1.897.-

LA CASA PARA SUS FECHAS GRATAS

SERVICIO COMPLETO DE CRISTALERIA
Por razones de mejor servicio rogamos hacer sus pedidos con 2 días de anticipación

RONDEAU 1480 ENTRE URUGUAY Y MERCEDES
TELEFS.: 83593 ★ 91092 ★ 96222 ★ 96100
MONTEVIDEO

AUTORRETRATO DE GONZALO ESCUDERO

DENTRO de la conocida afirmación acerca de la buena parte de autobiografismo que hay en casi todas las obras literarias, se consagra la de que la poesía lírica, en su más pura e íntima actitud de soliloquio, es la "his oria de un alma". En todas las edades asumió el lirismo calidad de confesión o de confidencia, y cuando la crítica quiso buscar la verdad más desvelada de los espíritus, y hasta las razones subjetivas o concretas de una existencia, acudió a tales fuentes en cuyas aguas pudieron reflejarse los rostros tanto anímicos como físicos con sus gestos más reveladores. Uno de los libros en los cuales Goethe se pone más de presente es el de su Poesía y Verdad y en cuanto a la poesía de Becquer, carente de señales cronológicas, es fácil buscarle en sus edades y agrupar, por lo mismo, como en obedecimiento a los signos de la sensibilidad, las rimas que surgieron bajo el ala leve del ángel de la esperanza, o las que brotan más tarde de su contradicción y su desencanto, como aquellas últimas, cuando el Cupido andaluz ha caído atravesado por su propia flecha; herido como San Sebastián por el costado tierno, de espaldas sobre su carcaj.

Aparte de las notas singulares, propias, de la lírica, parece marcarse en nuestro tiempo una preferencia de los poetas por la autobiografía o el autorretrato, sin que se trate de los recuerdos directos, configurados objetivamente como en la historia, y si más bien de un vuelo de imágenes que prestan gracia original al pensamiento que se recata, pero que brilla de distante, o de los apuntes del sentir que mezclándose con los seres y las cosas del universal ámbito, descubren una entraña en la cual todos nos reconocemos y que pudo dolernos de modo parecido, o marchan por caminos de remembranza, bordeados de paisajes que no nos son desconocidos, en cuanto auténticos y verosímiles y a cuyo término se halla la escritura de un sueño o los deshechos perfiles del árbol finado.

Dos poetas de nombradía, Jorge Carrera Andrada y Gonzalo Escudero, nos han ofrecido el libro de trasunto biográfico, con levadura de corazón, memoria de sus edades y ráfagas de presentimiento. Carrera, en su Familia de la Noche, ensaya tiento elegíaco por entre la población de los seres amados y de las cosas que le fueron próximas o queridas. Lleva, para su noche deshabitada, el ojo de una estrella que logra levantar fantasmas eternos, y se prueba en aquel viaje de mayor resistencia y lealtad, cuando se es capaz de volver por los aledaños de la infancia, en busca de la rosa del "lugar de origen" o de la flor de ceniza de los días difuntos.

Autorretrato de Gonzalo Escudero es memoria poética en cuyas imágenes de singulares definiciones es posible seguir tanto la ruta del entusiasmo como del desánimo; las ascensiones del júbilo y la silente verdad de la tristeza; la estatura cierta de la soledad que es la que, sin dimensiones, se extiende en el vacío de adentro y de afuera; las inasibles formas de la estatua de aire.

En las cien estrofas de su autorretrato, Escudero afianza su maestría melódica y su capacidad imaginífica. Muévense sus alejandrinos con un ritmo de perfección que a veces se diría esculturado y en tal medida clásica, con antecedentes franceses y raíces de clerecía, desde Berceo y Juan Ruiz y con modernas músicas, como en los versos de Rubén, Escudero no deja de parecer nuevo, personal, como si el suyo fuera de veras "su alejandrino".

El poema tiene valores de sinfonía, con ocho tiempos en los cuales leemos y oímos: Preludio, Poesía, Amor, Fuga, Presagio, Testamento, Agonía, Eternidad.

"En toda soledad estuvo Dios conmigo / y su brisa en la brasa fragante de mi leño. / Así supe entornar en la noche el postigo / para el aprendizaje de la muerte en el sueño. / El ocio de la muerte me visitó a menudo / con su dejarme estar a mi cuerpo yacente / y el idioma del agua asosegarme pudo / con el finado arpegio del manantial muriente."

Así se abre el preludio con las lecciones que la naturaleza suele dar al hombre, y las imágenes prosiguen para configurar una historia que no está solamente en las reconditeces del ser, y que ha sido y será, justamente por su decurrir entre las fuerzas vivas de la existencia, entre asombros y corduras, entre impaciencia y conformidad, y con sabores de vencedora mañana o de necesario quebranto.

Pero siempre, siempre, amor de poesía, el que canta en sus más urgidas estrofas: "Ah, poesía mía, sin otra vestidura / ni más brida que el viento, te conduje a mis mares, / enlutado jinete de mi cabalgadura / con espuelas de espuma en sus altos ijares. / Ninguna marcha fúnebre te plañirá en tu fuga / porque eres la solera de todo amor hallado / como también la arcana codicia de la oruga, / de alcanzar la estatura del cielo constelado".

El sabe que para el sueño ingente le ha venido el tiempo escaso, pero dice que su columna de luz le pertenece, y para expresar la vieja pero siempre nueva historia de la risa que amanece en el labio, para recibir, a la postre, el salado bautizo de la lágrima, florece otra imagen de las suyas con dominio del idioma:

"El cántaro del viejo corazón derramaba / toda su dulcedumbre y toda su acedía, / y sin tan pronto como creía se ufanaba, / tan prestamente como dudaba se afligía."

Y el viaje que se hace, desde la sorpresa del niño ante la luz que bruñe a la burbuja o se apaga en la luciérnaga, hasta el mediodía en el cual hay que oscurecer el vino con la sangre propia o regir con nuestro soplo la veleidad del vuelo. Confesiones que, no por revestirse de sobriedad o circular en la elegancia de la alegoría, resultan menos de alma adentro. No hay estrofa sin sustancia ni verso de materia evaporada: "La pulpa de mis días me fue dulce y aceda / a sazón de mis júbilos y mis padecimientos, / más no me conturbó porque viniese queda / la noche en la resaca de los relojes lentos".

Envejecer, cree el poeta, es una costumbre de encontrarse a solas y cerrar la puerta con sigilo. Dícese con suave templanza para llegar sin premura y espera su estación inverniza con un cuerdo recato. Hácese más varonil en su testamento lírico, y en Agonía, la confesión es más acercada, más sin retórica, tal como conviene a esa parte de la sinfonía autobiográfica en la que ha de decirse de la lucha del hombre, de la fuerza del agonista.

No sabemos si con argumentos de Epicuro, pero con recio pecho, Escudero enfréntase ante el día que es de entrever, de la muerte. Y así piensa en ella como en ligera mudanza en la que alcanzará sosiego, sin que el amor le abrase con su hoguera medrada ni el desamor le aflija con su lagar de llanto.

Augusto ARIAS

(Especial para EL DIA)



Gonzalo Escudero. (Dibujo de Carlos Rodríguez).



por haberme recomendado
Leche de Magnesia de PHILLIPS
para dar a mis chicos como
laxante suave, suavísimo.

Leche de Magnesia de
PHILLIPS
★ Tres veces buena por su
TRIPLE ACCION
ANTIACIDA, LAXANTE, DIGESTIVA
TAMBIEN EN TABLETAS DE RICO SABOR A MENTA



Al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del señor Hugo Pérez Rebollo, compañero de tareas de la sección Huecograbado, un grupo de familiares y amigos, rinden sentido homenaje a su memoria.

JUBILOSAMENTE LOS GUERREROS VOLVIERON A SU VILLA DONDE EL HOMBRE MONO Y EL JEFE ESPERABAN LAS NOTICIAS...

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS





LA LANZA DE UN VENGATIVO NATIVO PUSO FIN AL REINADO DEL TERROR DE ADAMS.













Nutre, vigoriza, fortalece.

TODDY

No tiene, ni puede tener similares



Una "abrigada" elegancia para sus

NIÑOS





Algunos modelos de sobretoditos, tapados, vestidos y demás complementos del vestir infantil, que presentamos a precios realmente inigualados...



1 - Tapado realizado en Velour de lana, adornado con piel en el cuello. Talle 4 **$ 67.50**
Aumenta $ 2.50 por talle

2 - Novedoso tapado en paño gamuza de alta calidad y modernos colores. Talle 4 **$ 78.00**
Aumenta $ 3.00 por talle

3 - Pilot manga raglan en doble tela de excelente resultado. Talle 4 **$ 60.00**
Aumenta $ 2.00 por talle



Casa Soler

presenta por SAETA T.V. Todos los lunes a las 22 y 5 hs. al maestro Osvaldo Cohen con el órgano que canta, y los miércoles a las 20 y 15 hs. los 4 pianos para el tango.



IMPORTANTE:

Nuestras confecciones no sufren recargo por los arreglos que haya que hacerles.

4 - De actualidad, Montgomery en paño de tonos lisos, con capuchón y bolsillos. Talle 4 **$ 45.00**
Aumenta $ 1.50 por talle

Pantalón de corte moderno en franela de lana, variedad de tonos. Talle 2 **$ 16.00**
Aumenta $ 1.00 c/dos talles

5 - Elegante traje de chaqueta en Tweed la tela del momento. Talle 4 **$ 40.00**
Aumenta $ 1.50 por talle

6 - Saco sport en paño fantasía de última moda, todo forrado. Talle 4 **$ 39.00**
Aumenta $ 1.50 por talle

Pantalón en abrigada franela de lana, varios tonos. Talle 2 **$ 16.00**
Aumenta $ 1.00 c/dos talles

7 - Sobretodo cruzado confeccionado en paño de superior calidad. Talle 4 **$ 40.20**
Aumenta $ 1.60 por talle

8 - Traje modelo derecho realizado en gran calidad de franela, diversos colores. Talle 6 **$ 52.00**
Aumenta $ 2.00 por talle



CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302
esquina Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES
AV. Gral. FLORES 2341
esq. MARC. BERTHELOT
Tel. 24200-24300-24400

SUCURSAL CORDON
AV. 18 de JULIO 1601
esquina Carlos Roxlo
Tel. 40 41 11



CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

CAPURRO & Cía.